

COMEDIA NUEVA:  
 EL ALCIDES  
 DE LA MANCHA,  
 Y FAMOSO  
 DON QUIXOTE.

DE UN INGENIO DE ESTA CORTE.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

*Cardenio.*

*Don Fernando.*

*El Maese Nicolás.*

*El Cura.*

*Don Juan.*

*Don Antonio.*

*Don Luis.*

*Don Quixote.*

*Sancho Panza.*



*Lucinda.*

*Doña Clara.*

*Dorotea.*

*Zorayda.*

*Maritornes.*

*Un Ventero.*

*Un Barbero.*

*Dos Quadrilleros.*

*Dos Criados de D. Luis.*

PRIMERA JORNADA.

*Salen el Cura y Maese Nicolás.*

*Maes.* Vive Dios, que ya no hay  
 paciencia para que andemos  
 de esta suerte por un loco.

*Cura.* Pues ya lo hicimos empeño,

es fuerza continuar  
 la empresa.

*Maes.* Qué parentesco  
 usted ni yo, Padre Cura,  
 tenemos con este necio,  
 para que empeño lo hagamos?

*Cura.* Basta ser amigo nuestro,  
 y ver por esos caminos

A

va 4

va con su locura expuesto á que le suceda alguna infeliz tragedia.

*Maes.* Cierta,

que me admira ver que un hombre de tan crecidos talentos, por esos malditos libros y diabólicos enredos de Caballeros Andantes, así haya perdido el seso.

*Cura.* Aplicóse á esa lectura con tan crecido desvelo, que de su hacienda vendió lo mas florido y selecto, solo para comprar libros; y privándose del sueño, por estar continuamente embebecido, leyendo libros de Caballerías, vino á traerle su embeleso á la desdicha de que perdiese el entendimiento. Preocupado, pues, de aquellas ficciones, dió en el extremo mayor en que loco ha dado, y fue armarse Caballero Andante, é ir por el mundo amparo dando, y remedio á todo menesteroso, y deshaciendo los tuertos que á qualesquiera doncella malandrines hayan hecho; la Andante Caballería resucitando con esto; y volviendo á darla el grande brillante esplendor excelso que (segun él comprehende) tuvo en los pasados tiempos. Para esto limpió unas Armas que heredó de sus Abuelos:

luego por seguir las reglas Caballerescas, gran tiempo estuvo pensando el nombre que se pondria, supuesto que el mudar el nombre era preciso, segun aquellos ritos de Caballería; y en fin, el suyo de Pedro de Quixada, mudó en el de Don Quixote, añadiendo el sobrenombre de Mancha, pues le pareció que en esto gran honor daba á su Patria, porque vieran el aprecio que de ella hacia tan grande, y famoso Caballero. Despues pasó á poner nombre al Caballo, y discurriendo uno significativo y misterioso, supuesto que él queria que el tal nombre declarase (raro empeño!) que habia sido rocin, y ya dexaba de serlo, le puso el de rocinante: y hecho esto, se fue luego del Lugar, sin dar á nadie noticia de sus intentos. Pasados muy breves dias, le traxeron medio muerto, de una gran zurra de palos que ciertos hombres le dieron. Curóse, y dexando á todos descuidar por algun tiempo, volvió á escaparse otra vez, llevando por Escudero á Sancho Panza, vecino suyo, del que ya sabemos tiene, aunque rústico, alguna malicia, y algun ingenio.

Yo

Yo obligado, pues, del llanto, la pena y el sentimiento del Ama y Sobrina de nuestro Hidalgo, y tambien viendo que en no hablándole en las cosas Caballerescas, discreto sabe discurrir con grande, claro, agudo entendimiento, (y esto en qualquiera materia) venir en su seguimiento determiné, y reducirle á su casa; para esto os pedí me acompañaseis: Y pues hasta ahora habemos hallado noticia del camino que lleva, es cierto no hay razon de desistir del intento que traemos.

*Maes.* Decís bien, y nuevamente acompañaros ofrezco.

*Hablan aparte, y sale Sancho Panza.*

*Sancho.* Esta es la maldita Venta, en donde el manteamiento me pegaron; no he de entrar en ella, aunque estoy muriendo de hambre, que ya parece que por los ayres me veo hecho una ola de mar, ya baxando, y ya subiendo. De acordarme solamente, me duelen todos los huesos; mas mejor será cantar para divertir el miedo, engañar el hambre, y conseguir llegar mas presto.

*Canta.* Mi muger tiéne chiste, tiene donayre, y sobre todo tiene

muy buenas partes.

*Maes.* No es aqueste Sancho Panza?

*Cura.* El mismo es, vive el Cielo!

*Los 2.* O amigazo Sancho Panza?

*Sancho.* Qué miro? maldito encuentro es este, que son el Cura

ap. y el Barbero de mi Pueblo:

quién diablos los traxo acá?

Padre Cura? Seor Maestro?

A dónde bueno?

*Cura.* A buscar

á tu Señor: dinos presto

donde queda.

*Sancho.* Fuerza es

negar aquí como un perro: ap.

ahí queda ocupado en una

diligencilla, que es cierto,

que si sale bien con ella,

le ha de valer mas que un Reyno;

pero no puedo decir

la que es, porque el secreto

le ofrecí, y todos los Panzas

cumplimos lo que ofrecemos.

*Maes.* Pues Sancho, si no nos dices

donde queda, creeremos

que le has muerto por robarle,

y te haremos poner preso.

*Sancho.* Pré qué?

*Maes.* Preso.

*Sancho.* Dios mos libre;

pues qué, siendo yo Manchego,

creéis que robar ó matar

pueda á nadie? Ademas de eso,

que soy Sancho, y mi apellido

es Panza, y en ningun tiempo

robó ningun Panza á nadie.

*Cura.* Pues dí donde queda.

*Sancho.* Eso

lo diré, solo porque

no creáis que yo le he muerto.

Mi amo queda en esta Sierra, que es la Morena, en lo espeso, y mas oculto, en camisa, imitando á Beltenebros en la áspera penitencia; y al Toboso con un pliego me envia ahora, para que se le dé á Aldonza Lorenzo, que es su Dama, y es la hija del seor Lorenzo Corchuelo; aunque mi Amo dice, que es Princesa de gran cuento, y la llama Dulcinea del Toboso: y tambien llevo una libranza de quatro Pollinos, para que luego su Sobrina me los dé; porque en un fatal encuentro á mi Rucio me robaron, y aqueste es todito el cuento.

*Cura.* Y dónde la carta está?

*Sancho.* Aquí la llevo en el seno, y tengo de haver copiarla, porque en un librito viejo de memoria la escribió mi amo.

*Cura.* Yo copiarla ofrezco, y de buena letra, Sancho,

*Sancho.* Pues allá va; mas qué es esto?

*Búscala, y no la balla.*

Vive Dios, que la he perdido: maldito yo; por mi abuelo, arañase que me he de arrancar las barbas.

*Maes.* Sancho Panza, pues qué es eso?

*Sancho.* Qué ha de ser? pobre de mí, que aquí en uu instante pierdo, de una mano á otra, quatro Pollinos, que era el que menos mas corpulento y hermoso,

*Hace que llora.*

que un grandísimo Camello.

*Cura.* Pues por qué los has perdido?

*Sancho.* Maldito sea mi seso:

porque el pliego se perdió.

*Cura.* Y te acuerdas del contexto de la carta?

*Sancho.* Sí señor.

de aqueso muy bien me acuerdo.

*Maes.* Cómo decia?

*Sancho.* Escuchad,

que así era el escomienzo:

muy sobajada Señora.

*Maes.* Qué es lo que hablas, majadero?

muy soberana Señora,

diria.

*Sancho.* Pues eso mesmo

digo.

*Cura.* Prosigue.

*Sancho.* Dempues

decia estotro, y aquello,

y te amo, y ya se ve,

porque sí, y ni mas, ni menos;

y á lo último acababa,

dempues de mil cumplimientos,

con el Caballero de

la triste Figura.

*Maes.* Bueno;

estremada iba la carta.

*Sancho.* Yo, que así decia creo:

que haya yo perdido así

por siempre quatro jumentos!

Voto á un canto.

*Cura.* No te affixas,

que como á los dos al puesto

nos quieras llevar adonde

tu amo está, yo te ofrezco

hacer, que nueva libranza

te haga tu amo.

*Sancho.* Si eso

me ofreceis, yo desde ahora

lle-

llevaros allá prometo.

*Cura.* Pues vamos, tú irás delante, y á tu amo dirás que el pliego entregaste á Dulcinea.

*Sancho.* Dexe ustedé á mi cuenta eso.

*Cura.* Ahora es menester, Maese, disponer, que ese Ventero un vestido de muger nos preste, porque ya el medio he discurrido de que traer engañado logremos á Don Quixote.

*Maes.* Pues vamos.

*Sancho.* Ay mis perdidos jumentos!

*Sale Don Quixote en calzones blancos y ropilla.*

*D. Quix.* Alta y hermosa Señora, de las hermosuras nata, de las cuitas te enternece de esta pecadora alma, que en aqueste purgatorio está penando sin causa. (cho? Qué es lo que habrá hecho mi San- porque el diablo de la carta á él se le olvidó el pedirla, y á mí olvidóseme darla.

*Sale Sancho.* Señor?

*Quix.* Sancho mio, dime, quién te ha prestado las alas?

*Sancho.* Qué alas?

*Quix.* Con las que has ido y vuelto, que esta mañana saliste de aquí, y ya vuelves.

*Sancho.* Yo, señor, he ido en volandas, y venido del Toboso, sin saber quien me llevaba.

*Quix.* Eso no me causa espanto, que el Encantador que trata de mis cosas, lo habrá hecho.

Mas dime, hijo mio, acaba: viste á aquel prodigio hermoso, dulce hechizo de la Mancha?

A aquella alta Princesa, molde de vaciar Damas? En fin, á mi Dulcinea del Toboso soberana?

*Sancho.* A Aldonza Lorenzo ví, que así en el Lugar la llaman.

*Quix.* Sí, hijo, con ese nombre está ella disfrazada: mas dime, estaba bordando alguna empresa extremada para este su Caballero? Al menos haciendo sartas estaria de oro fino.

*Sancho.* Ni uno ni otro haciendo estaba.

*Quix.* Pues qué hacia?

*Sancho.* Garvillar trigo con muy linda gracia.

*Quix.* Era rubion ó trechél?

*Sancho.* Ahora quieres me parara á mirar qué trigo era?

*Quix.* Y qué hizo de mi carta?

*Sancho.* La carta yo la perdí, ó quedó acá, porque hallarla no pude, mas como yo en el magín la llevaba, la noté, y un Sacristan me la escribió de extremada letra.

*Quix.* Y ella la leyó?

*Sancho.* Allí me mandó dexarla encima de unos costales.

*Quix.* Qué discreta y qué bizarra! para leerla mas despacio lo haria; y dí, exhalaba su boca un olor sabéo, como á ambrosia ó á algalia?

*Sancho.* No lo sé; lo que yo oí,

fue

fue, que á ajosapestaba.

*Quix.* Es que estarias borracho, sin duda alguna; y dí, cuántas preguntas te hizo de mí?

*Sancho.* No me preguntó palabra, mas yo la dixé.

*Quix.* Dí, pues.

*Hablan aparte, y salen el Cura y el Maese.*

*Maes.* Aunque ya Sancho tardaba tanto en traer la noticia de donde su Amo quedaba, hacemos mal de apartarnos una distancia tan larga de adonde él nos dexó.

*Cura.* Nunca aventuramos nada, que pues venimos siguiendo el camino de las ramas que él quando se fue dexó por fixa señal sembradas, ellas nos llevarán donde Don Quixote y él se hallan: mas aquí están, escuchemos ocultos lo que ambos tratan, y luego nos vestiremos los disfraces.

*Quix.* Que con tanta priesa quiere Dulcinea que luego al Toboso vaya?

*Sancho.* Sí.

*Quix.* Pues yo no quiero ir.

*Sancho.* Así á su precepto faltas?

*Hablan aparte, y sale Cardenio en trage misero.*

*Card.* Altibos robustos troncos, cuyas copas elevadas, de luceros y de estrellas son tapetes de esmeralda.

Soberbios rudos peñascos, que con dureza irritada, duraciones apostais á las esferas sagradas: Bella bulliciosa fuente, que por tardes y mañanas sabes reir mi desdicha, sabes llorar mi desgracia; pues tantas veces mi pecho testigos de mis desgracias os hizo, una vez piedad halle en vosotros, pues tantas crueldades halló en las gentes: Y en fin, con piedad, ó saña, ó concededme la muerte, ó dad alivio á mis ansias.

*Quix.* Dí, Sancho, no oíste suspiros y quejas?

*Sancho.* Quien las formaba, allí está suspenso.

*Quix.* Este, si el discurso no me engaña, algun Caballero es, que aquí llorando se halla, ya ofensas ó ya desdenes de alguna fermosa ingrata; mas así espero saberlo. Caballero, á quien con tanta crueldad trata la suerte, como ese trage declara, el oiros suspirar vuestras penas, desearlas saber me ha hecho; y así os pido, que aquí de vuestra desgracia me deis noticia, que os juro, y doy la mano y palabra (como Caballero Andante) de remediar vuestra ansia, si remedio hay, y si no, ayudaros á llorarla.

*Card.*

*Card.* Rara vision! Caballero, aunque sé por cosa clara, que no hay á mi mal remedio, por pagar la cortesana atencion vuestra, os haré sabidor de mis desgracias: mas os pido no rompáis, por ningun pretexto ó causa, de mi narracion el hilo, pues si lo haceis, aunque haga mas esfuerzo, no podré proseguir.

*Quix.* Como una estatua estaré, decid.

*Cura.* Oygamos.

*Sancho.* Este y mi Amo, bravas galas tienen para ir á unas vistas.

*Card.* No temais me dexe nada por decir, pues mi mayor pena es (desdicha infausta) no poder de mi memoria apartar á mi desgracia. Córdoba, Ciudad ilustre, cuyas insignes grandezas la fama en ecos publica, hecha plumas toda, y lenguas, fue mi Patria, mas, mal digo, fue centro de mis tragedias. Vivía junto á mi casa una Dama tan perfecta, que parece que al criarla la sabia Naturaleza, de todas las hermosuras, con estudio y con cautela, fue escogiendo perfecciones para formar su belleza, pues beldad mas soberana, ni hermosura mas excelsa ha visto el Sol, desde que entre esas azules selvas,

peregrino nunca errante, golfos de estrellas navega, piélagos de luces surca, sendas de cristal penetra. Améla favorecido, y á poco tiempo (qué pena!) un Señor, á quien mi padre debia grandes finezas, me envió á llamar, ausentéme, y de allí á poco á mi tierra volví con un hijo suyo, cuyo aleve nombre era Don Fernando: díle incauto de mi amor entera cuenta: vióla y amóla (ay de mí!) y desde allí, con cautela todos los papeles que nos escribíamos eran vistos de él: sucedió, pues, que un dia halló (pena fiera!) uno, que ella me escribia, lleno de amantes ternezas, metido en un libro de Caballerías, que era de Amadis de Gaula, el qual habia yo sacado fuera para enviársele á Lucinda, porque era á aquesta leyenda aficionada.

*Quix.* Si vos hubierais dicho se hallaba en Lucinda (que este nombre parece es de vuestra Dama) perfeccion tan excelente, como es la de que gustaba y aplicaba con desvelo su discrecion soberana á Libros tan provechosos para el cuerpo y para el alma, como son todos los de

Caballerías, estaba  
de mas toda aquella arenga  
que hicisteis en su alabanza;  
porque yo, solo con esto  
la tuviera y reputara  
por la Señora mas noble,  
mas discreta y mas gallarda,  
de quantas hay en el mundo,  
(no entrando en aquesta danza  
mi Señora Dulcinea)  
y si allí entonces me hallara,  
la hubiera enviado yo,  
con el de Amadis de Gaula,  
el Libro del Caballero  
Febo, el de la ardiente espada,  
el de Arturs de Inglaterra,  
y otros que tenia en casa:  
mas proseguid vuestra historia,  
perdonando á la palabra  
faltase de no atajaros,  
que en mi conciencia y mi alma,  
que no puedo mas conmigo  
en oyendo que se tratan  
cosas de Caballerías.

*Habrá estado Cardenio suspenso mirando al suelo, y ahora habla como loco.*

*Card.* Es cosa evidente y clara,  
que la Reyna Madasima  
infamemente se holgaba  
con el Maestro Elisabet.

*Quix.* Qué dices, lengua malvada?  
Madasima era una Reyna  
muy honesta y muy honrada,  
y el que diga lo contrario,  
miente él, y toda su alma,  
y su padre, y sus abuelos,  
y toda su gran canalla.

*Card.* Cómo es eso de mentís?  
Vive Dios, que aquí á puñadas

*Embiste con él, y le dexa caer.*  
le he enseñar á tratar  
con hombres de aquestas barbas.

*Sancho.* Este hombre se ha vuelto loco;  
vive ños, que á mi Amo mata:  
ha loco, voto á Cristo,  
que te he de matar.

*Card.* Panarra,  
tú tambien á mí te atreves?  
*Echale en el suelo, y le maltrata.*  
pues de esta suerte tu infamia  
pagarás.

*Sancho.* Ay, que me muele!  
San Cipriano me valga.

*Card.* Qué hago? Válgame Dios!  
O cruel fortuna airada!  
para qué el juicio me quitas,  
si el juicio me dexas para  
llorar mi infelicidad,  
y conocer mi desgracia?  
Caballeros, perdonad  
la accion tan descompasada  
que he executado en vosotros,  
pues en mi juicio no estaba.

*Sancho.* Pues yo sí he estado en el mio  
para sentir sus puñadas:  
no son malas cortesías,  
despues de dexar quebradas  
á uno dos ó tres costillas.

*Quix.* Yo ya sabia que estaba  
loco, porque era preciso  
que quien insolencias tantas  
contra el honor de la Reyna  
Madasima pronunciaba,  
lo estuviese: venid, Sancho. *Vase.*

*Card.* No entiendo lo que me habla.

*Sancho.* Señor loco, ó cortesías  
no hacer, ó no dar puñadas. *Vase.*

*Card.* Apartando mi discurso  
un poco de mis desgracias,

(si

(si es que conseguirlo puedo)  
no sé qué concepto haga  
de estos hombres; infinito  
saber quien son celebrara.

*Salen el Cura y Maese.*

*Maes.* Pues aquí teneis quien de ellos  
os dará noticia larga;  
mas hemos de mereceros  
el que ántes vuestra rara  
historia finaliceis,  
pues quanto á ellos les contaba  
vuestra lengua, allí escondidos  
oimos.

*Card.* Mas no dilata  
el serviros mi obediencia;  
oid.

*Los dos.* Decid: desdicha rara! *ap.*

*Card.* Halló el papel D. Fernando  
(creo quedé aquí) el qual era  
á fin de que yo á su padre  
por esposa la pidiera,  
y temiendo D. Fernando  
que yo luego lo pusiera  
por obra, me envió al punto  
á que á su padre le diera  
cierto aviso: fuime, pues,  
y él en tanto (traicion fiera!)  
á su padre la pidió,  
que viendo quanto interesa,  
se la concedió; volví,  
y hallé en la Ciudad las nuevas  
de esta boda: fui á su casa,  
y encontréla toda envuelta  
en gustos; ví á mi Lucinda,  
dixome que no temiera  
que ella por ningun motivo  
hiciese á mi amor ofensa,  
pues daría á la acerada  
brillante punta sangrienta  
de un puñal su hermoso pecho,

ántes que su esposa fuera.  
De esta esperanza movido,  
me escondí en la sala mesma  
en donde los desposorios  
(déxame, memoria, dexa  
de atormentarme) se habian  
de hacer, esperando en ella  
la ocasion que yo aguardaba  
feliz, y hallé tan adversa;  
porque Lucinda, faltando  
á su amor y á su promesa,  
el sí de esposa le dió,  
mas no hubo acabado apenas  
(quién ántes hubiera muerto!)  
de pronunciar la sentencia  
de mi triste muerte, quando  
cayó desmayada en tierra.  
Salíme de allí confuso,  
y tomando con presteza  
un Caballo, que ligero  
en la rápida carrera  
maltratar sabia al ayre  
sin llegar á herir la tierra,  
salí huyendo, hasta llegar  
á lo oculto de esta sierra,  
donde ha ya un año que vivo,  
siendo sus troncos y peñas  
testigos de mis suspiros,  
y de mis lágrimas tiernas,  
esperando á que la muerte  
ponga fin á tantas penas,  
ansias, desdichas, rigores,  
y tormentos que me cercan,  
dexando eterna noticia  
á las eras venideras  
de que hubo Dama y Galán,  
que en contrarios rumbos, ella  
fue exemplo de veleidades,  
quando él lo fue de firmezas.

*Cura.* Raro caso!

B

*Maes.*

*Maes.* Prodigioso!

*Dent. Dorotea.* Ay infeliz de aquella que nace á ser egemplo de desdichas y penas!

*Cura.* Triste acento!

*Card.* Lastimoso!

*Maes.* Busquemos á quien le causa.

*Cura.* No es menester, que ya aquí

*Sale Dorotea de Pastor, sin hacer reparo en ellos, y traerá un lio como de ropa.*

llega, mas si no me engaña la vista, no es Dorotea, por mas que el trage disfraza su ser? mas así sabrélo:

Dorotea?

*Dorot.* Quién me llama?

Mas qué he hecho? Descubrióme mi inadvertencia.

*Card.* No tanta

pesadumbre te dé el ver que en estos desiertos haya quien te conozca, pues es quien logra fortuna tanta el centro de las desdichas; y así es preciso que en nada puedan causarle las tuyas admiracion.

*Dorot.* Pues es vana diligencia el intentar encubrirme, pues mi incauta voz ya me ha descubierto, quien eres saber aguarda mi curiosidad, que estando en rostro tan demudada, y en trage, me has conocido?

*Card.* Soy de la fortuna infausta el blanco: Cardenio soy.

*Dorot.* Aunque yo noticia larga

tengo de quien eres, nunca creo te ví.

*Card.* Pues yo hartas veces á tí, allá en tu Aldea; y pues por tan desusadas sendas el hado nos junta, quisiera saber la causa que te obliga á que este sitio habites tan disfrazada.

*Dorot.* Escucha, y escuchad todos mi tragedia, si á contarla acierto: Ya sabes que me crió el cielo vasalla de D. Fernando, y que aunque habia tanta distancia de él á mí, nací de padres honrados, y sangre clara. Tambien sabrás (ay de mí!) que con amorosas ansias solicitó mi hermosura, que no dudo alguna haya en mí, pues me lo acreditan penas tan continuadas. Resistíme á su pasion, como honesta, y como honrada, y él grangeando (ah traydor!) una alevosa Criada, una noche consiguió quedarse oculto en mi casa. Apenas, pues, la familia recogida y sosegada quedó, y en mi lecho yo á discursos entregada, quando en mi quarto le ví: quise dar voces, y tantas sus ansias y juramentos fueron, dándome palabra de ser mi esposo, la qual en presencia de mi falsa Criada volvió á ofrecirme,

que

que yo creyendo sus falsas  
ofertas, le entregué (ay cielos!)  
la mejor prenda del alma.

Ya con licencias de esposo  
todas las noches me hablaba;  
no fueron muchas, pues luego  
hizo ausencia, y que tardaba  
viendo, procuré curiosa

llegar á inquirir la causa.

En fin, á saber llegué  
como en Córdoba trataba  
su casamiento; y tomando  
el dinero y las alhajas  
que pude, con un Criado  
mio, me huí de mi casa.

Llegué á Córdoba, y hallé  
en ella la nueva infausta  
de su boda, y fue, que luego  
que Lucinda desposada  
se miró con él, cayó  
en el suelo desmayada.

Llegó D. Fernando (ah aleve!)  
á afloxarla la casaca,

y en el pecho la encontró  
un papel, en que expresaba  
ser esposa de Cardenio,

que á D. Fernando le daba  
violentada la mano,

y que aquesta era la causa  
de darse muerte, que ella  
parece hacerlo pensaba  
así, lo que acreditó

haberla hallado una daga  
oculta, con la que quiso  
su aleve esposo matarla,

y no pudiendo lograrlo,  
se ausentó, sin que se haya  
sabido su paradero,

y Lucinda de su casa

faltó á otro día tambien.

Con estas nuevas me hallaba,  
quando en la Ciudad oí  
echar un bando, en que daba  
mi padre crecido hallazgo  
á aquel que á mí me encontrara,  
mis señas dando, y las de  
aquel que me acompañaba.

Salíme huyendo, y un día,  
mirando desamparada  
mi persona, el vil Criado,  
con violencia (aleve infamia!)  
intentó de mí triunfar;  
mas desde una roca alta  
logré despeñarle, dando  
castigo á accion tan malvada.

Al cabo de algunos días  
llegué á una Aldea cercana  
de esta Sierra, donde entré  
á ser Zagal de unas cabras;  
pero mi amo, sospechando  
que era muger (pena rara!)  
empezó á solicitarme,  
y ayer fue con tanta instancia,  
que llegué á ver que mi honor  
ya á peligrar empezaba:

descuidar le dexé, y luego  
tomando esa leve carga,  
donde un vestido decente  
de muger, y otras alhajas  
(de las que quité á mi padre)  
traygo, me vine á estas pardas,  
enmarañadas, agrestes,  
montuosas, intrincadas  
asperezas, donde al cielo  
pido se apiade de tantas  
desdichas, penas, rigores,  
sustos, pesares y ansias  
como á mi vida combaten,  
y á mi corazon contrastan.

Card. No así, hermosa Dorotea,

intentos dar la esperanza  
de tu alivio por perdida,  
pues ya el Cielo con mas grata  
faz nuestras desdichas mira,  
que pues Lucinda se halla  
sin casar, y D. Fernando  
de la propia forma, causa  
tenemos para esperar  
mejor fortuna; y palabra  
te doy, como Caballero,  
que si razones no bastan  
para que tu honor perdido  
D. Fernando satisfaga,  
que mis zelos olvidando,  
por dar alivio á tus ansias,  
en público desafío  
te dé sangrienta venganza.

*Dorot.* A tus pies . . .

*Card.* Alza del suelo. (cias

*Cura.* Pues ya que á vuestras desgra-  
piadoso el Cielo se muestra,  
y que con prudencia sabia  
resolveis poner los medios  
de llegar á ver logradas  
vuestras dichas, á mi Aldea  
(si acaso no os desagrade)  
pido os vengais, desde donde  
se harán diligencias varias  
de saber de D. Fernando  
y de Lucinda; y de quantas  
cosas os falten, podreis  
preveniros.

*Card.* Vuestra urbana  
generosidad los dos  
(con la vida y con el alma)  
apreciamos, y admitimos;  
y ahora quisiera la causa  
saber que á esta sierra os traxo.

*Maes.* Yo os lo diré: Aquí se halla  
un honrado Hidalgo de

nuestra Aldea, que en la rara  
locura ha dado de ser  
(mania harto extraordinaria)  
Caballero Andante, y  
en medio de esta montaña  
está haciendo penitencia,  
para obligar á su Dama;  
siendo así que no la tiene,  
pues toda es imaginaria  
ficción, y los dos venimos  
á reducirle á su casa  
con un engaño, que es,  
fingirnos uno una Infanta  
que viene de luengas tierras  
á que su valor la valga  
en un grande agravio que  
en su Pais le han hecho, y...

*Dorot.* Basta,

que pues aquí de muger  
me hallo con una gala,  
yo he de ser la que se finja  
aquesa Infanta, que el habla  
Caballeresca la sé  
muy bien, porque fui inclinada  
siempre á leer esos Libros.

*Cura.* Todo la suerte lo traza  
á medida del deseo.

*Card.* Pues luego se ponga en planta  
la ficción, y así, á vestirse,  
*Dorotea.*

*Cura y Maes.* El Cielo haga  
que nuestra intencion se logre.

*Dorot.* No dudeis verla lograda.

*Vanse, y salen el Ventero, y Mariton-  
nes buyendo de él, que querrá  
castigarla.*

*Vent.* Con dos costillas, infame,  
has de pagar el descuido,  
viven los Cielos.

*pégala.  
Marit.*

*Marit.* Ay! ay!

*Dentro.* Para, para.

*Vent.* Mas qué he oído?

Huéspedes hay? Vaya en paz,  
que ya mi ira mitigo:  
saca luz.

*Marit.* Malas quartanas  
te dén, y mal tabardillo.

*Salen D. Juan de Viedma, Doña Clara,  
y detras D. Luis de corto, y saca  
luz Maritornes.*

*Vent.* Guarde Dios la gente honrada.  
*D. J.* Guardeos Dios: Clara, hija, alivio  
de mi vejez, muy cansada  
estarás del mal camino  
que hemos traído todo hoy.

*Clara.* Viniendo, Señor, contigo,  
nada á mí me puede ser  
cansancio. Ay D. Luis querido!  
en qué ha de parar tu amor *ap.*  
y mi pena?

*Luis.* Ay dulce hechizo!  
qué mal el alma apartarse  
sabe de tus peregrinos  
ojos! pues aun conociendo  
el evidente peligro  
de que tu padre me llegue  
á conocer, no me animo  
á estar un punto sin verte.

*Marit.* Por cierto que el tal mocillo  
que está allí, en el corazon  
me está dando mil pellizcos.

*Vent.* Por Dios, que el loco de marras  
viene aquí con quatro ó cinco;  
con tanta gente en mi Venta,  
yo de esta vez salgo rico.

*Salen D. Quixote armado con un gran  
lanzon, Dorotea de muger muy bizar-*

*ra, Cardenio, el Cura, el Maese  
y Sancho Panza.*

*Quix.* En fin, hermosa Señora,  
que vos sois (raro prodigio!)  
la Infanta Micomicona,  
y que vuestro Reyno invicto  
os tiene tiranizado  
un descomunal impio  
Gigante, y que vuestro padre  
dexó (gran dicha!) previsto  
que solo mi fuerte brazo  
podría restituiros  
el Reyno, dando la muerte  
al Gigante?

*Dor.* Es asimismo  
como vos decís, Señor.

*Quix.* Con que á vos, compadre mio,  
y al Maese Nicolás,  
unos viles foragidos  
os robaron?

*Los dos.* Es así.

*Quix.* Pues no teneis que afligiros:  
y vos, Señora, contad  
ya por hecho y sucedido  
lo de dar muerte al Gigante,  
y lo demas que he ofrecido;  
pero perdonad, señora, á Clara,  
que estaba tan divertido,  
que no os ví, ni á vos tampoco.

*D. J. y Clar.* Yo la atencion os estimo.  
Rara figura de hombre! *ap.*

*Luis.* Este hombre es loco en mi juicio  
y los que vienen con él. *ap.*

*Quix.* Ahora, si me dais permiso,  
me iré un poco á descansar,  
que por Dios que estoy molido.

*Dor.* En buen hora id.

*Quix.* Pues agur. *Vase.*

*Vent.* Voy, pues, tras este maldito  
loco, no haga las que suele.

*Ven*

Ven, Maritornes, conmigo. *Vas.*  
*Marit.* Ya voy: ay, chusco mozuelo,  
 que dexo en tus dos ojillos  
 toda el alma. *Vase.*

*D. Juan.* Caballeros,  
 perdonadme, que á pedir os  
 llegue me digais quien es  
 este hombre, y qué designio  
 es el vuestro? porque el fingirse  
 esta Dama Infanta, indicio  
 es de que hay algun misterio.

*Card.* Es así; y puesto que oirlo  
 quereis, escuchadnos, pues.

*D. Juan.* Oye, Clara.

*Clar.* Ay, dueño mio!

*Luis.* Ay, Doña Clara divina!

*Hablan todos aparte, menos D. Luis y  
 Sancho, que ocuparán las dos puntas del  
 tablado, y salen D. Fernando y Lucinda  
 con mascarilla, y dos Criados, que-  
 dando Cardenio y Dorotea  
 de espaldas á ellos.*

*D. Fern.* Por mas, pues, que tu desvío  
 prosiga en ser riguroso,  
 sabré yo hacerlo benigno.

*Luc.* Primero sabrá la muerte  
 triunfar de mi pecho altivo,  
 que lo logres. Ay Cardenio!

*Card.* Qué escucho? la voz que he oido  
*Vuelve la cara, y Dorotea.*

no es de Lucinda? si acaso  
 la memoria del oido  
 con el juicio no perdí?

*Dor.* Qué es lo que:: pero qué miro?  
*Ponese detras de todos.*

No es D. Fernando? Encubrirme  
 intento.

*Luc.* Y pues determino  
 no sufrir mas vuestro engaño,

la máscara al rostro quito. *Quitase la.*

*Vase Cardenio á ella, y la abraza; echa*

*D. Fernando mano á la espada, y  
 Dorotea le detiene, puesta de  
 rodillas.*

*Card.* Qué veo? Lucinda amada,  
 bello imán de mis sentidos,  
 Cardenio tu esposo soy.

*Luc.* Del gozo sin vida animo.

Cardenio, esposo, señor.

*Fern.* Vive el Cielo, fementido,  
 que te he de quitar la vida.

*Dor.* Deten el acero limpio,

D. Fernando, y dexa que  
 gocen su amor, pues benigno  
 el Cielo, los ha juntado  
 despues de tantos impios  
 trabajos, y tantos tiempos.

Y pues yo conmigo el mismo  
 consuelo, viéndote, cumple  
 qual Caballero, entendido,  
 y cristiano, la palabra,  
 que, haciendo al Cielo testigo,  
 me diste de ser mi esposo,  
 en cuya fe de mi limpio  
 honor triunfaste; y si no,  
 tiñe en mi pecho los filos  
 de tu acero, porque yo,  
 ya que á tus plantas me miro,  
 de ellas no me he de apartar,  
 adorado dueño mio,  
 hasta lograr ser tu esposa,  
 ó ver mi aliento perdido.

*Fern.* Válgame el Cielo: qué veo?  
 este del Cielo es aviso,  
 pues no cabe en los acasos  
 sucesos tan peregrinos; *ap.*  
 y así al Cielo respondamos,  
 venciéndome yo á mí mismo.

Do-

Dorotea, alza á mis brazos,  
que de tu aliento movido,  
y á tu razon obligado  
con tanto extremo me miro,  
que no tu esposo, tu esclavo  
desde ahora soy, dueño mio:  
(huye ya de mí, esperanza)  
y tú, Cardenio, el divino  
cielo hermoso de Lucinda,  
en dulce nudo tranquilo  
goza feliz, sin sospecha  
alguna, porque te afirmo  
y te juro por quien soy,  
que nunca la he merecido  
mas que en desdenes sañudos  
mil rigores peregrinos;  
y perdona que el amor  
que ántes la tuve, haya sido  
causa de que desleal  
contigo haya procedido.

*Dor.* Feliz mil veces mi amor.

*Card.* Mis brazos sean testigos,  
de que ya todas mis quejas  
están dadas al olvido:  
y tú, esposa, da los tuyos  
á quien le costó hasta el juicio  
creerte agena; y sepa qué  
acaso te ha conducido  
aquí.

*Luc.* Oye, y lo sabrás:  
Despues (ay dueño querido!)  
que por no mirarme esposa  
de quien no eras tú, el abrigo  
dexé de mi padre y casa,  
en un Lugar, que distrito  
corto de Córdoba está,  
tomé en un Convento asilo:  
mas un dia Don Fernando  
disfrazado, y dos amigos  
dentro de él entrar lograron

con maña ó con artificio;  
y encontrándome en un claustro  
de aquel sagrado recinto,  
asiéronme, y me sacaron  
fuera de él, siendo mis gritos  
y quejas todas en valde,  
pues el Convento infinito  
apartado del Lugar  
estaba; en fin (el designio  
ignoro) en una calesa  
me traian, no imagino  
donde seria, pues solo  
(ó con qué gusto lo digo!)  
sé que aquí he logrado hallarte,  
y ha pasado lo que has visto.

*Card.* Qué felicidad!

*D. Juan.* Señores,  
de mi hija y de mí, rendidos  
parabienes recibid.

*Fer. y Card.* Favores tan excesivos  
apreciamos con el alma.

*Clara.* Que me tengáis os suplico  
por amiga y servidora  
vuestra.

*Dor.* El que serlo afirmo,  
eternamente aseguren  
mis brazos. *Abrazanse.*

*Luc.* Lo propio os digo.

*Luis.* Todos á su mal consuelo  
hallan, yo solo martirios.

*Sanch.* Conque aquello de la Infanta,  
y el Reyno y el Gigantico,  
lo llevaron los demonios?  
A mi amo he de decirlo,  
que es una infamia que intenten  
engañar.

*Quix.* Afuera digo.

*Sale D. Quixote á medio vestir, con ro-  
dela y espada desnuda, y el Ventero.  
Con un ciento de Gigantes*

no tengo, juro á Cristo,  
para empezar.

*Dor.* Pues qué es esto,  
señor y valedor mio?

*Quix.* Qué ha de ser? me eché á dormir  
y el diablo del Gigantillo,  
por arte de encantamento  
se me plantó de dos brincos  
delante, alcéme, empuñé  
mi escudo, y la de los cinco;  
embistióme, y embestíle;  
pero yo, que tengo un tino  
del demonio, en la tetilla  
tal estocada le tiro,  
que di con él en el suelo  
y el quarto está, que un cruzido  
da de la sangre que ha echado  
por el roto pergamino.

*Vent.* Qué Gigante, ni que haca?  
que á quien heriste, maldito  
loco, ha sido á dos pellejos,  
y aquesa sangre es el vino  
que en ellos habia: ay,  
que me dexa destruido!

*Fern.* Callad, y no deis mas voces,  
que yo os pagaré el perjuicio.

*Vent.* De esa forma cierro el labio.

*Cura.* Yo, señores, os suplico,  
que os entreis á descansar,  
pues cansados del camino  
vendreis sin duda, y ya es tarde.

*D. Juan.* Decís bien.

*Fern.* Dale un vestido *al Criado.*  
de los míos á Cardenio  
al instante.

*Card.* Yo os lo estimo.

*Quix.* Dormid, hermosas Princesas,  
sin temor, porque mi brio  
queda esta noche de vela  
guardando aqueste Castillo,

y á cien pasos de sus muros  
no se acercará un mosquito.

*Dor.* Vamos, esposo,

*Fern.* Memoria,  
entregate ya al olvido.

*Vanse D. Juan, D. Fernando y Dorotea.*

*Card.* Feliz mil veces las penas  
que logran estos alivios.

*Luc.* Dichosas mis desventuras,  
pues tal fin han conseguido. *Vanse.*

*Sancho.* Ah, señor!

*Quix.* Déxame, hombre,  
que estoy hecho un basilisco;  
bien podrá ser que no sea  
el Gigante, pues es fixo,  
que este Castillo es encanto:  
lo blanco se vuelve tinto. *Vase.*

*Maes.* Vamos, Padre Cura.

*Cura.* Vamos. *Vanse.*

*Sancho.* Que á mi amo no haya podido  
decirle lo que aquí ví,  
y que todo es embolismo!  
mas yo buscaré ocasion. *Vase.*

*Clar.* Don Luis?

*Luis.* Adorado hechizo.

*Clar.* En qué ha de parar (ay Cielos!)  
de nuestro hado lo impio?

*Luis.* En que... pero hácia esta parte  
que gente se acerca, miro.

*Clar.* Pues no nos vean: á Dios.

*Luis.* A Dios.

*Clar.* Ay, dueño querido!

*Luis.* Duélete, amor, de mis ansias.

*Clar.* Duélete de mis suspiros.

*Vanse cada uno por distinta parte.*

SEGUNDA JORNADA.

*Salen Doña Clara y Dorotea, que trae una luz, y pondrá sobre un bufete.*

*Dor.* Ya, Doña Clara, que en mas de tres horas, que á dormir nos echamos, no has podido sosegar, y que en tí ví, entre mil lágrimas tiernas, mas suspiros despedir, y que mi amistad pretendes complacer, haciendo aquí á mi pecho sabidor de tus penas, y á este fin á aquesta estancia me traes, porque las que están allí (quando juzgan que descansan, de la muerte el triste fin ensayando) nada entiendan; acaba, empieza á decir de tu tristeza la causa, la ocasion de tu sentir: desde tu pecho á mi oído tu pena arroja.

*Clar.* Ay de mí!

*Canta dentro D. Luis.*

*Luis.* Espero sin esperanza mi esperanza conseguir, que mayores imposibles saben lograr firmezas, y el amor conseguir; mas ay de mí! que amor no lo hace empeño, y mi desgracia sí.

*Clar.* Habeis (ay de mí!) escuchado esa voz?

*Dor.* Muy bien la oí, pues lo suave y dulce de ella,

de su estilo lo gentil, á que la atencion la escuche fuerza es, si se dexa oír, persuada sin violentar, violente sin persuadir.

*Clar.* Pues el dueño de esa voz la causa (ay de mí infeliz) es de mi pena.

*Dor.* De qué forma?

*Clar.* Escuchadme.

*Dor.* Decid.

*Clar.* Mas perdonadme, si acaso no lo acertare á decir, que aunque sé sentir tan bien, no sé tan bien discurrir.

De esa voz, que á ruyseñores y gilgueros causa mil celosas envidias, es el dueño (ay de mí!) Don Luis de Mendoza, un Caballero, en quien se ve competir con lo rico y con lo noble, lo discreto y lo gentil.

Su edad de diez y seis años es, llegándose á advertir en él quantas apreciables prendas pueden concurrir en un Caballero, pues lo modesto, afable y brioso, y galan, consigue adornar, con otras mil habilidades, qual son la de cantar, escribir discretos versos, danzar, y otras muchas, que entre sí igualmente se compiten, é iguales logran lucir.

Vivia, pues, en la Corte frente de mi casa: fui vista de él; enamoróse

C

(él

(él sabrá por qué) de mí;  
solicitó mis favores,  
yo á su amor correspondí;  
llegó mi padre á lograr  
que el Rey le honrase (ay de mí!)  
con plaza de Oidor en la  
Ciudad de México; aquí  
todas mis penas empiezan,  
pues siendo fuerza partir  
yo con mi padre á las indias,  
fue preciso que á sentir  
llegase el dexar mi dueño,  
el qual fino amante, así  
que el dia de mi viage  
llegó, sin ver, ni advertir  
inconvenientes ni riesgos,  
su casa y padres por mí  
dexó, y siguiéndome viene,  
procurando siempre huir  
de que mi padre le vea;  
ved, Dorotea, ved si  
tengo causa de llorar,  
y de sentir que Don Luis  
venga por mí disfrazado,  
mil trabajos á sufrir,  
sin saber qué paradero  
vendrá á tener, ni qué fin,  
mi desdicha y su pasion,  
mi amor y su frenesí.

*Dor.* Aunque es cierto, Doña Clara,  
que hay bastante causa en tí  
para llegar á estar triste,  
no lo estés, no, pues hoy ví  
dos mayores imposibles  
facilitados; y así  
vuelve el temor esperanza,  
y déxame el caso á mí,  
que yo espero que mañana  
has de mirarte feliz;  
y ahora á descansar vamos

lo poco que desde aquí  
hasta el dia queda.

*Clar.* Vamos:

duélase el amor de mí.

*Vanse, y aparécese D. Quixote á caballo, armado con lanza en la mano, y á su tiempo saldrá Maritornes á una ventana.*

*Quix.* Ay, hermosa Dulcinea del Toboso! Dueño amado, qué estará tu fermosura haciendo ahora? Yo he pensado que de tu Palacio régio en algun balcon dorado memoria estarás haciendo de este tu asendereado Caballero; ó cuánto siento (dolor aprieta, hasta tanto que por la boca me hagas vomitar todo el redaño) no poder ir á mirar tu hermoso cielo, hasta tanto que á este diablo de Princesa en el solio dexé y mando de su usurpado dominio. Lo que me hace dar al diablo es, el que el tal Gigantillo, despues de haberle yo dado tantas estocadas, luego se me hubiese transformado en dos pellejos de vino. Castillo mas encantado no le hay, juro á Dios, en todo el mundo de arriba á baxo.

*Marit.* Ahora, que recogidos todos se hallan, un chasco quiero pegarle á este loco, ya que á guardar se ha quedado

la

la Venta (á quien él Castillo llama) armado, y á caballo: quiero llamarle, cé, cé.

*Quix.* Juro á Christo, que llamaron: esta, sin duda será la hija del Castellano de esta Fortaleza, que de mi talle y de mi garbo enamorada, querrá la corresponda; y en vano será, pues á mi señora Dulcinea, es escusado que yo haga ofensa, aunque vea mi cabeza sobre un tajo; pero el hablarla es preciso: Dios ponga tiento en sus labios. Ferosa Dama, decid (circunloquios escusando) qué es lo que me quereis?

*Marit.* Qué puedo querer, si á miraros llegué, y de vuestro valor los aplausos he escuchado? No es fuerza (ay de mí!) que de ellos en vos me haya enamorado?

*Quix.* Miren si lo dixé yo. Ferosa doncella, paso, que de esas cosas se ofende de mis oidos lo casto. Yo siento que vuestras mientes hayais puesto donde es claro no podeis hallar consuelo, pues fe inviolable guardo á la sin par Dulcinea, dulce manchego milagro: mas mandad en otra cosa, que por servida dexaros sabré hacer mas muertes que un Doctor y un Boticario.

*Marit.* Yo os lo estimo; pero solo

os pido, que vuestra mano me alargueis para besarla.

*Quix.* Para besarla, yo es llano que no os la doy; pero sí para que en ella admirando esteis sus músculos, sus nervios y venas, notando el inmenso valor que tendrá de tal mano el brazo; pero cómo he de alcanzar, que el tal balcon está alto, señora mia?

*Marit.* De pies poneos sobre el Caballo.

*Quix.* Y si el demonio le da gana de hacerse hácia un lado, no caeré, y quando menos me romperé el espinazo? Pero no obstante, allá voy!

*Pónese de pies sobre el caballo, alarga la mano, y átasela Maritornes con una cuerda.*

*Marit.* Ya mi intento se ha logrado: ahora con este cordel atarle quiero la mano, y la otra punta asiré al cerrojo, y hasta tanto que hayan despertado todos le he tener así atado. *Vase.*

*Quix.* Ferosa doncella, ved, que mas que dedos son rалlos los vuestros; pero qué veo? por Dios, que el brazo amarrado me han dexado, y no parece nadie en la ventana: andallo, del Encantador de aqueste Castillo sin duda ahijado es el Gigante, y porque

yo no consiga matarlo,  
de aquesta manera quiere  
aquí tenerme encantado.  
O quién lograra tener  
ahora el pasmoso milagro  
de la Espada de Amadis,  
contra quien no habia encanto!  
So, caballo del demonio:  
ay, que se me arranca el brazo!

*Apártase el caballo, y queda colgado  
del brazo, y salen por el lado  
opuesto dos hombres.*

1. Pues esta es la Venta, entremos,  
tomaremos un bocado,  
y veremos de camino  
si noticia alguna hallamos  
de D. Luis.

*Quix.* Ah Caballeros,  
esperaos apartados  
á que el Castillo se abra,  
que aunque ya, sombras borrando,  
viene el alba con sus luces,  
parece que no es usado  
abrir aqueste Castillo  
hasta que el sol con sus rayos  
toda la tierra ilumina.

1. Qué demonios de espantajo  
es aquel hombre? y él loco  
es, pues Castillo ha llamado  
á la Venta.

2. Lo que quiera  
sea, y vamos despachando.

*Llama.* Ha de la Venta.

*Dentro el Ventero.* Quién llama?

2. Abrid presto.

*Quix.* Orrio, Hidalgos,  
no he dicho que os apartéis?  
pues si esperais otro rato,  
y estoy libre, el chocolate

vais á tomar con los diablos.

2. Vaya, haced que abran,  
si sois el Ventero.

*Quix.* Pues borracho,  
este talle es de Ventero?

1. El es bien desventurado.

*Sale á la ventana Maritornes,  
desátale, y cae.*

*Marit.* Ya mi amo se levantó,  
y así quiero desatarlo  
antes que lo vea.

*Quix.* Ay!

Santa Dulcinea en tanto  
dolor me valga.

*Sale el Ventero.* Qué es esto?

*Quix.* Lo que es ya está pasado,  
aunque á mis costillas queda  
memoria para un buen rato. *Vase.*

1. Qué hombre es este?

*Vent.* Un loco, que  
siempre me está alborotando  
la Venta.

2. Sabreis decirnos  
si acaso á ella ha llegado  
un mocito de edad de  
unos diez y siete años,  
en trage corto vestido?

*Vent.* Hay, señor, en ella tantos,  
que no sabré dar razon.

2. Pues con cuidado veamos  
si alguno de los que en ella  
se hallan, es.

1. Vamos.

2. Vamos.

*Entranse, y salen por distintos lados  
Doña Clara y D. Luis, sin verse.*

*Clar.* Qué cuando, amor, llegará el tiempo  
de apiadarte de mis ansias?

*Luis.* Qué cuando, fortuna, en lo adverso  
apren-

aprenderás la mudanza?

*Clar.* Haciendo que no á la dicha  
ronde siempre la desgracia.

*Luis.* A mis amantes anhelos  
dando:- pero Doña Clara?

*Clar.* Don Luis?

*Luis.* Adorado dueño  
de mi vida, aliento y alma,  
ya la causa de mi pena  
creo que á saber alcanzas.

*Clar.* Tambien tú juzgo no ignoras  
el dolor que me maltrata.

*Luis.* Mas por si halla algun alivio  
al verse comunicada,  
escúchame, pues.

*Clar.* Tambien  
yo, por ver si es que descansa  
el pecho al decir sus penas,  
intento al ayre fiarlas.

*Recitado.*

*Clar.* Yo te adoro (ay de mí) con  
fe inmutable.

*Luis.* Yo te amo con amor incon-  
trastable.

*Clar.* Mas el vendado Dios sañado  
y fiero.

*Luis.* Mas el hado iracundo, cruel,  
severo.

*Clar.* Contra mi dicha su poder os-  
tenta.

*Luis.* A mis venturas oponerse in-  
tenta.

*Clar.* Pero yo sabré firme.

*Luis.* Yo constante.

*Los 2.* Ser á pesar del hado fiel a-  
mante.

*Area.*

*Luis.* Yo, ídolo amado,  
fallezco de amor.

*Clar.* Yo llero rigores

del vendado Dios.

*Luis.* Pues mi suerte airada.

*Clar.* Pues mi estrella atroz,

*Luis.* Mis dichas impide.

*Clar.* Frustra mi intencion.

*Los 2.* Qué cruel pesar!

Qué fiero rigor!

*Clar.* Pero yo, á pesar.

*Luis.* A despecho yo.

*Clar.* Del hado sabré.

*Luis.* Sabré del amor.

*Los 2.* Ser eterna llama

de mi amante ardor. *Vase Clara.*

*Luis.* Fuese, y faltóme la luz  
que á mi vida aliento daba.

Mas el sueño, de sentidos

y potencias cruel pirata,

con suavidades crueles

ya poderoso me asalta,

é insensiblemente el uso

de las acciones me embarga.

O enemigo el mas traydor,

pues con lo que halagas matas!

Haga en esta silla (ah, cielos!)

paréntesis, si no pausa,

la desgracia, de mi pena,

la pena, de mi desgracia.

*Quédase dormido en una silla, y  
salen los dos hombres.*

1. Veamos si el mozo que  
nos dixeron que se hallaba  
hácia esta parte, es; mas tente,  
el que en la silla se halla  
durmiendo, no es él?

2. Ninguna duda tengo.

1. Dicha rara  
ha sido, por Dios, la nuestra:  
ah señor Don Luis?

*Des-*

*Despierta D. Luis.* Quién llama?

1. Quien criado de vuestro padre y de vos, llevaros trata á su vista, sino es que antes que lleguéis, la parca corta de su vida el hilo, pues vuestra impensada falta tanto ha llegado á sentir, que postrado en una cama quedó.

*Luis.* Pues podeis volveros, y decirle pierda quanta pena por mi ausencia tenga, pues luego al punto que salga de cierto empeño en que estoy, le doy de ir la palabra á su vista.

1. La órden que traemos es, de á vuestra casa llevaros con violencia, si acaso el ruego no basta; y así intentar escusaros será diligencia vana.

*Luis.* Mas vana será la vuestra, si acaso la temeraria empresa proseguir locos quereis, pues esta acerada

*Saca un puñal.*

brillante diáfana sierpe (que ya en mi mano es guadaña) en vuestros alevos pechos abrir sabrá bocas tantas, que notando tantas puertas, no sepa dudosa el alma por qual intente salir, hasta que al fin sufocada en su misma duda, muera, sin que por ninguna salga.

*Los 2.* Ved...

*Luis.* Nada tengo que ver.

*Los 2.* Advertid...

*Luis.* No advierto nada.

*Los 2.* Mirad...

*Luis.* Nada miro ya.

1. Pues ya que á nuestras espadas no es permitido ofenderos, mi obligacion aquí haga lo que de su parte está. Ha de la Venta?

*Salen Lucinda, Dorotea, Clara, D. Quixote, D. Fernando, D. Juan, y Cardenio de gala.*

*Todos.* Quién llama?

*Clar.* Qué veo? Ay de mí infelice!

*Card.* Quién este alboroto causa?

1. Yo os lo diré brevemente:

El que presente se halla es mi amo el señor Don Luis de Mendoza; de su casa fugitivo se ha venido, cuyo padre con su falta queda sintiendo mil muertes; nosotros con vigilancia en su alcance hemos venido; logramos en esta estancia encontrarle, pretendemos que con nosotros se vaya; mas tanto se ha resistido, que hasta echar mano á la helada cólera de ese puñal ha llegado.

*D. Juan.* Pues qué causa, señor D. Luis, para esto teneis?

*Luis.* Pues ya declararla es fuerza, oid; pero ántes os hago, señor, la salva de que mi vida ó mi muerte,

del

del efecto que en vos haga  
la noticia mia, pende.

Desde que ví á Doña Clara  
vuestra hija, la entregué  
mi alvedrío, aliento y alma;  
que me hallo favorecido  
no digo, pues solo alcanza  
á saber mi fiel anhelo,  
que su beldad soberana  
nunca ha graduado ofensas  
mis tiernas amantes ansias.  
Siguiendo vengo sus luces,  
por esto dexé mi casa,  
mis padres, hacienda y deudos;  
y así, señor, á tus plantas  
te pido, que me concedas  
su preciosa mano blanca,  
ó que con aqueste acero  
deshagas mis esperanzas,  
pues sin su hermosura, y con  
mi vida, es intencion vana  
pretender que un solo paso  
vuelva á dar hácia mi patria.

*Juan.* Alzad del suelo á mis brazos,  
*D. Luis,* que una vez errada  
la acción, mas medio no queda  
que el procurar enmendarla  
en lo posible; y así,  
aunque gran pesar me causa  
ver, que cosa que podia  
de vuestra casa á mi casa  
tratarse, pues se seguia  
tanta conveniencia á entrambas,  
de aquesta forma imprudente  
hayais pretendido: Clara  
desde ahora es vuestra; mas  
que habeis de dar, cosa es llana,  
cuenta á vuestro padre de ello,  
pues no está bien á mi fama  
permitirlo de otra forma,

aunque ya con vos casada  
es preciso quede, de  
qualquiera suerte.

*Clar.* Albricias, alma.

*Luis.* Permitid que á vuestros pies  
una y mil veces...

*D. Juan.* Levanta,  
y al punto de darle cuenta  
de todo á tu padre trata.

*Luis.* Pues de los dos uno quede  
conmigo, y el otro parta

*A los Criados.*

á dar noticia á mi padre  
de todo.

*1.* Yo al viento alas  
pediré para llegar  
con brevedad.

*Quix.* O, ó, y cuántas  
cosas consigue mirar  
el que sigue la extremada  
ley de Caballero Andante!

*Dor.* Ves como el cielo á tus ansias  
dió alivio?

*Clar.* Dichosa he sido.

*Luc.* De mí, hermosísima Clara,  
recibe la enhorabuena.

*Clar.* Yo la aprecio con el alma.

*Fer.* Toda esta Venta es prodigios,  
Cardenio.

*Card.* Cosas bien raras  
han pasado en ella en breve  
espacio.

*Cura.* De sus mudanzas  
ha hecho esfera la fortuna  
á esta Venta.

*Maes.* Tan extrañas  
cosas han pasado en ella,  
que á no verlas, no acertara  
á creerlas.

*Salen el Ventero, Zorayda de Mora,*

y

y D. Antonio de Cautivo.

*Vent.* Yo, señor,  
no tengo en toda la casa  
lugar en donde poder  
acomodaros.

*Ant.* Mal haya  
el cruel sañudo influxo  
de mi estrella siempre airada.

*Dor.* No así os desconsoléis, que  
por lo que toca á esa Dama,  
con nosotras lo mejor  
que se pueda, acomodada  
quedará. *Vase el Ventero.*

*Ant.* Por tal favor  
rendido os beso las plantas.

*Zor.* Y yo las gracias que debo  
os rindo, por merced tanta.

*Quix.* Vos, señor mio, parece  
(segun el trage declara)  
que sois Cautivo.

*Ant.* Lo he sido.

*Quix.* Y que esta hermosa Dama  
es Mora, ó lo fue á lo menos.

*Ant.* Es así.

*Quix.* Pues yo, á Dios gracias,  
fui siempre un poco curioso,  
y así de saber me holgara  
vuestra historia, por saberla,  
y por si acaso mi espada  
os puede de algo servir.

*Ant.* Yo os lo estimo? qué fantasma  
es aquesta? *ap.*

*Card.* Yo tambien  
os suplico (si no os causa  
disgusto) vuestros sucesos  
nos digais, porque la rara  
beldad de esa Dama obliga  
á esta curiosidad.

*Ant.* Para  
que yo os obedezca, sin

el ruego, el precepto basta;  
y así escuchad todos, pues  
saber mi historia os agrada.  
En las intrincadas, rudas,  
fuertes Leonesas montañas  
(Patria que produjo Alcides  
contra Sierpes Africanas,  
que infestaban venenosas  
el fértil Vergel de España)  
nací de padres, que á un tiempo  
lo noble y rico gozaban,  
que sin lo uno, lo otro  
sirve de muy poco, ó nada,  
pues lo rico sin lo noble  
es fino oro en xerga vasta,  
y lo noble sin lo rico  
mas estorva que adelanta;  
y la peor de ambas cosas  
es aquesta, pues es clara  
cosa, que ya en estos tiempos  
mas (en opuestas balanzas)  
logra el Villano que es rico,  
que el Noble que pobre se halla.  
Apenas, pues, en mi rostro  
diez y ocho señalaba  
la muerte con breves líneas,  
porque no se le olvidara  
quando mis contados dias  
su plazo á cumplir llegaban;  
quando el permiso mis padres  
dándome, que yo anhelaba,  
á Flandes me partí, en donde  
llegó á conseguir mi espada  
(sin necesitar mi ilustre  
ser, amigos, ni galas)  
elevarme á Capitan  
de las Españolas Armas!  
Despues, sabiendo la liga  
que con Venecia y España  
el gran Papa Pio Quinto

ha-

hacia contra la airada  
saña ambiciosa del Turco;  
pretendí en esta jornada  
hallarme, y lo conseguí.  
Aquí empieza mi desgracia,  
ó aquí empieza mi fortuna,  
pues equivocadas ambas  
tanto están, que no sé si  
fueron dichas ó desgracias.  
En el Puerto de Mecina  
se unieron las tres Armadas,  
y mandadas por el Marte  
que á Marte pavor le causa,  
por aquel, pues, que al mirar  
blandida su fuerte espada  
en su mano, el sol se eclipsa,  
tiembla el suelo, y el mar brama;  
en fin, por el grande, augusto  
Príncipe D. Juan de Austria.  
A viento y mar embistieron,  
y mar y viento halagaban  
con ráfagas y con olas  
de nuestras Naves la saña.  
A pocos dias la fuerte,  
grande, numerosa Armada  
del Turco á encontrar llegamos,  
y en media luna formadas  
las dos Armadas, al son  
de clarines y de caxas  
se embistieron, dando al ayre  
tanta inmensidad de balas,  
y tanto abismo de humo,  
que este del sol la luz clara  
llegó á ocultar en sus nieblas:  
y al estruendo que formaban  
los áspides de metal,  
las once esferas sagradas  
se estremecieron, al mundo  
previniendo ruina infausta.  
Trescientos mil Turcos fueron

de la siempre airada parca  
tristes despojos; las mas  
Naves suyas maltratadas,  
en laberintos de espuma  
hallaron tumba salada.  
Quince mil Cautivos, que  
al remo vogando estaban,  
lograron aqueste dia  
la libertad deseada.  
Solo yo fui el desdichado,  
pues viendo á la Capitana  
de Malta, que á la de Argel  
casi rendida se hallaba,  
pues solo tres Caballeros  
con vida en ella quedaban,  
á la de Argel embistió  
mi Nave, y que iba mandada  
por el grande Juan Andrea,  
Marino rayo de Italia.  
A abordar, en fin, llegamos,  
y con cólera bizarra  
á la Galera Morisca  
salté, donde fue mi espada  
rayo, que contra sus vidas  
sangriento incendio abortaba.  
Dividió sañado el mar  
las Naves, por cuya causa  
no pudieron mis Soldados  
seguirme (pena tirana!)  
y así cubierto de heridas  
desde la frente á la planta,  
á Cautivo, de triunfante  
pasé en tan breve distancia.  
Solo esta Nave logró  
(en la sangrienta batalla)  
escaparse; y así, á Argel  
Esclavo fui (pena rara!)  
en donde despues de muchos  
dias, miré la extremada  
beldad de Zorayda hermosa

D

(que

(que es esa Mora gallarda)  
 hija de Alí Aguimorato,  
 que fue Alcayde de la Pata,  
 empleo, que es entre Moros  
 el de mas honor y fama.  
 Apenas la ví, rendido  
 quedé con vida y con alma.  
 Solicitaba ocasiones  
 de poder lograr mirarla;  
 en verla hallaba mi alivio,  
 y en verla mi pena hallaba,  
 pues su hermosura en mi pecho  
 varios efectos causaba,  
 que lo hermoso con lo honesta,  
 con lo grave lo bizarra,  
 helaba quanto encendia,  
 y encendia quanto helaba.  
 En fin, un dia (ay de mí!)  
 conseguí llegar á hablarla;  
 díla á entender temeroso  
 quan de veras la adoraba;  
 escuchó afable mis quejas,  
 oyó piadosa mis ansias,  
 y finalmente me dixo,  
 que una Cautiva Cristiana  
 que hubo en su casa, y la habia  
 servido en su tierna infancia,  
 la aconsejó que siguiese  
 la fe católica y santa:  
 que ser Cristiana queria;  
 pero que el medio no hallaba  
 de poderlo conseguir;  
 que si yo alguno encontraba,  
 y ayudarla resolvía,  
 que así que llegase á España  
 seria mi esposa, y que  
 pues pocas veces ó raras  
 podríamos conseguir  
 el llegar á hablarnos, para  
 tratar de estas cosas, que

por un balcon de su casa  
 de noche por una cuerda  
 recibiria mis cartas,  
 y las tuyas me daria.  
 Con dicha tan no esperada  
 empecé mi amante empresa,  
 coronado de esperanzas;  
 continuando tan feliz,  
 que dia no se pasaba  
 sin que en mis manos tuviese  
 de las tuyas una carta.  
 Repetia muchas veces  
 los conceptos que expresaba,  
 y de lágrimas gozosas  
 sus caracteres bañaba,  
 que tantas eran, que algunas  
 veces las letras borraban;  
 mas para poder leerlas  
 nunca á mí me hacian falta,  
 pues como en el corazon  
 todas impresas quedaban,  
 quando llegaba á leer  
 donde borradas estaban,  
 en mi corazon leía  
 las que en el papel faltaban.  
 En fin, con gran cantidad  
 de dinero, que bizarra  
 ella me dió, á un Renegado  
 (que al Gremio volver deseaba  
 de nuestra Madre la Iglesia)  
 le hice una barca comprara  
 en nombre suyo, y citando  
 hasta unos diez camaradas  
 míos, la noche elegida  
 dexó su casa Zorayda:  
 llegamos al puesto, y todos  
 entrando á un tiempo en la barca,  
 maniatamos á los pocos  
 Moros que en ella se hallaban;  
 y haciéndonos á la vela,

vier-

viento y mar nos dieron alas para volar, pues á pocos dias, ya las deseadas Costas de España llegamos á descubrir, mas la airada fortuna hizo aquella noche que un baxel nos encontrara de Franceses: dixonos el Renegado, no hablara ninguno, que eran Corsarios; y así, aunque ellos preguntaban que quienes éramos, nadie quiso responder palabras; pero soltando furiosos dos balas encadenadas, nuestro árbol mayor troncharon, y abierta la infeliz barca, á fondo hubiéramos ido, si á nuestros ruegos no echaran su esquite, en el qual á todos á su navio nos pasan. Despojáronnos de quantos dineros, joyas y alhajas Zorayda y el Renegado traian, luego su saña á todos en una vela arrojarnos al mar trata; mas mudando parecer, nos dieron, en fin, su lancha para proseguir en ella nuestro viage hasta España, y á mi esposa dió el Patron quarenta escudos en plata. A la Costa, en fin, llegamos de la grande Velez-Málaga, en donde desembarcamos, y dimos al cielo gracias. Allí tomó cada uno su rumbo, y yo con mi amada esposa, voy á ver si

la siempre sañuda parca, de mi amado viejo padre reserva la vida anciana. Esta es mi historia, esta es mi felicidad y desgracia, y estas son todas mis dichas, porque ya con mi adorada esposa, aun las desventuras pasan de venturas plaza.

*D. Juan.* Cómo vuestro nombre es? que no será cosa extraña os conozca, pues tambien de las Leonesas Montañas soy.

*Ant.* Mi nombre es D. Antonio Viedma.

*D. Juan.* Hermano del alma? dame mil veces los brazos, que ya muerto te lloraba mi cariño. D. Juan soy tu hermano.

*Ant.* Tan no pensada *Abrázanse.* dicha sin accion me dexa.

*Juan.* Los brazos tambien, hermana me dad.

*Zor.* Y el alma con ellos.

*Juan.* Clara, á tus tios abraza.

*Clar.* Yo la enhorabuena á mi me doy de dicha tan alta.

*Ant. y Zor.* La ventura solamente mia es, hermosa Clara. *Abrázanse.*

*Sale Maritornes corriendo, y encárase con D. Quixote.*

*Marit.* Ay, señor, acuda presto á estorvar una desgracia á mi amo, que dos hombres le están dando tan gran carga, que creo que han de matarle,

segun de recio le cascan.

*Quix.* Por ahora no ha lugar vuestra pretension, madama, porque no puedo meterme en ninguna de esas danzas, si para ello la Princesa licencia no me da grata: mas decidle á vuestro amo se entretenga en la batalla lo mejor que pueda, en tanto que la tal licencia alcanzan mis ruegos de la Princesa.

*Marit.* De esa forma, quando vaya ya estará en el otro mundo.

*Quix.* Eso importa poco ó nada, pues como la tal licencia llegue yo á tener, es clara cosa, que del otro mundo sabrá sacarle mi espada, si el mundo, demonio y carne embarazarlo intentaran; y quando no, sabré daros tan furibunda venganza, que quedeis, por vida mia, señora, mas que mediana mente satisfecha.

*Marit.* Lleve el diablo, loco, tu alma: que en cosa que tanto importa se esté con esta cachaza!

*Quix.* Ferosa Princesa, ya de esta doncella (sentada la verdad esté en su lugar) habreis oido la demanda: y así os pido...

*Dor.* La licencia os doy.

*Quix.* Digo, una palabra: á *Marit.* haced que toquen á muerto en la Iglesia mas cercana, *Vase.*

*Todos.* Vamos todos detras de él, á ver en lo que esto para.

*Vanse todos, menos Maritornes, y sale Sancho con una albarda.*

*Marit.* Jesus, qué diablo de loco! mas aquí viene el panarra de su Criado.

*Sancho.* Quiero, pues, componer aquesta albarda, ya que no hay nada que hacer.

*Marit.* O mi señor Sancho Panza!

*Sancho.* O mi Maritornes! quanto ap. va que el demonio me agarra con esta muger? porque sus dos ojillos traspasan un corazon, aunque encima quarenta coletos trayga.

*Marit.* De qué estás tan macilento?

*Sanch.* Es que ahora pensando estaba en que tus ojos...

*Marit.* Son negros.

*Sancho.* Sonlo, y pican...

*Marit.* Almaradas.

*Sanch.* En el corazon...

*Marit.* Puñales.

*Sanch.* Causando un incendio...

*Marit.* Agua.

*Sanch.* Que acá en el pecho...

*Marit.* Postemas.

*Sanch.* Una picazon da.

*Marit.* Sarna.

*Sanch.* Que rabia porque la rasquen, y quando la rascan rabia.

*Marit.* Pues rásquese con un canto, verá como se le pasa. *Vase.*

*Sancho.* Si yo hubiera consentido, bravo chascho me llevaba!

Mas vamos á lo que importa, que

que es darle quatro puntadas á mi albarda, porque de ellas tiene necesidad harta.

*Siéntase á componer la albarda, y sale el Barbero con guitarra cantando.*

*Canta Barb.* El famoso D. Quixote,  
y Dulcinea del Toboso,  
causan á la Mancha glorias,  
y al mundo mil alborotos.  
Viva la Mancha, viva,  
que criar sabe  
Mancheguillos, que al mundo  
temblar le hacen.  
Vaya y mas vaya,  
dale y mas dale,  
que esta es la Mancheguilla  
tonada andante.

*Sanc.* Vive ños, que es el Barbero  
de la refriega pasada!

*Barb.* Ah compadre: mas qué veo?  
Vive Dios, que esta es mi albarda,  
y este el pícaro ladron  
que me la hurtó! ah perro, daca  
mi albarda.

*Asense los dos de la albarda.*

*Sancho.* Como es aqueso  
de daca, perro y albarda?  
él es el albarda, el perro,  
el daca, el toma, y el vaya.

*Barb.* Suelta la albarda, ó si no  
los hocicos á puñadas  
te deshago.

*Sanch.* Yo sabré  
á él deshacerle las barbas.

*Barb.* Pues tómate esa. *Cáscanse.*

*Sanc.* Pues toma esotra.

*Salen todos, y los dos Quadrilleros, y  
Don Antonio saldrá de galan.*

*Quix.* Eu, qué algazara  
es esta?

*Sanch.* Que este bergante  
la albarda que en la batalla  
vuestra merced le ganó,  
quiere quitarme.

*Quix.* Ello es clará cosa,  
que yo á este buen hombre,  
en guerra buena y honrada,  
le gané aqueso jaez,  
que en su caballo llevaba,  
y el gran yelmo de Mambrino,  
que Sancho en la alforja guarda.

*Barb.* Qué jaez, ni qué caballo,  
ni qué yelmo, ni qué haca?  
Yo, señores, en mi burro  
á mi Aldea caminaba  
un dia, y porque llovía,  
en la cabeza llevaba  
la bacía (que en mi pueblo  
soy el Barbero, á Dios gracias)  
encontré, pues, á este hombre  
(que creo es, segun su traza,  
el que llaman D. Quixote)  
y sin decirle yo nada,  
con el lanzon enristrado  
me embistió con furia tanta,  
que dexé burro y bacía,  
y arranqué á huir de su saña;  
y el pícaro del Criado  
me hurtó bacía y albarda;  
he hallado aquí á él y á ella  
ahora, y quiero cobrarla.

*Quix.* Hermano, yo no me meto  
en que albarda aquesa alhaja  
sea; mas en lo del yelmo  
entendeis poco de armas,  
que él es yelmo, y de Mambrino;  
por aquestas cruces santas;  
y porque se vea, Sancho,

ve,

ve, y aquí al punto le saca.

*Sanch.* Par Dios, si vuestra merced no hace otra mejor probanza, perdido el pleyto tenemos desde ahora, porque esa es mala, pues ella es bacía, como mi madre muger.

*Quix.* Qué aguardas?

Tráele, y estos señores dirán lo que en ello haya.

*Barb.* Vive Dios, que harán que un se dé de calabazadas, (hombre queriendo contradecir

lo que es mas claro que el agua!

*Sale Sansho con la bacía.*

*Sanch.* Aquí está.

*Quix.* Vean ustedes

aquí ahora, con qué cara dirá este hombre, que no es yelmo este?

*Barb.* Ay tal matraca!

pues no se ve que es bacía?

*Maes.* Señores, la verdad valga: yo tambien Barbero soy, y ha veinte años que carta tengo de exámen, y fui Soldado en mi edad pasada, y así entiendo de herramientas de Barberia y de Armas; y que no es, digo, tansolo bacía esta, mas le falta para serlo mas que á mí me falta para ser Papa: y tambien digo, no es este yelmo entero, á causa de faltarle la babera.

*Quix.* Eso es cierto.

*Barb.* O cataratas tengo en los ojos, ó están ap. borrachos los que esto hablan.

Si ese es yelmo, y no bacía, como usted afirma, basta que debe de ser jaez la albarda?

*Quix.* En eso mi baza saco; albarda me parece; mas son tales, y tan raras las cosas de este Castillo, que el vino se vuelve agua.

*Cura.* Y qué Venta es en la que aqueso mismo no pasa?

*Quix.* Y así, estos señores digan si es albarda ó no es albarda.

*Card.* Yo los votos tomaré en secreto á todos.

*Todos.* Vaya.

*Hace Cardenio que toma los votos.*

*Barb.* La albarda en jaez me vuelven, como en Navidad es Pasqua.

*Quadrill. 1.* Oyes, me parece que, si las señas no me engañan, este hombre es contra quien mandamiento traemos para prenderlo, porque soltó á los reos que llevaban á las Galeras.

*Quadrill. 2.* Pues mira el mandamiento, despacha.

*Saca un libro, y hace que lee.*

*Card.* El caso es, buen hombre, que todos á una voz declaran conformes, que este es jaez, y no albarda.

*Barb.* Quien tal habla estará hecho una uba, que es, voto á Dios, tan albarda como el padre que me hizo.

*Los 2. Quadr.* El es, favor á la santa Hermandad, contra este infame.

*Sa-*

Sacan varas de Justicia, y asen á  
D. Quix.

Quix. Qué es lo que haceis, gran  
canalla?

Card. y Fer. Apartaos: qué es aquesto?

Quadrill. Este papel lo declara:  
Aqueste hombre á unos presos,  
que su Magestad enviaba  
á Galeras, con violencia  
puso en libertá, y la santa  
Hermandad manda prenderle;  
nosotros, como estas varas  
muestran, somos Quadrilleros,  
y órden traemos firmada  
de prenderle.

Quix. Pues borrachos,  
gente vil, ruin y malvada,  
no Quadrilleros, ladrones  
en quadrilla, sí, panarras;  
salteadores de caminos  
con licencia de la santa  
Hermandad: quién el vergante,  
insolente, papanatas,  
fue, que firmó mandamiento  
de prision contra la hidalga  
persona de un Caballero  
Andante? quién? quien no alcanza  
á saber, que ningun Juez  
tiene jurisdiccion para  
prenderlos; y finalmente,  
en Africa, Europa y Asia  
hay, ni habrá habido, ni habrá  
(entre todos los que haya)  
Caballero Andante, que  
con muy lindísima gracia,  
á trescientos Quadrilleros  
no sepa dar, si se enfada,  
trescientos palos bien dados,  
como aquel que no hace nada?

Quadr. i. Eso ahora lo veremos:

venid preso.

Ant. Camaradas,  
ved que estoy yo de por medio.

Quadr. i. Aunque el mundo lo estor-  
ha de ir preso. (vara,

Ant. Con efecto,  
que mis súplicas no bastan?

Quadr. i. Aquí súplicas no sirven,  
ni palabras.

Ant. Si palabras  
no bastasen, bastarán:-

Quadr. i. Qué han de bastar?

Ant. Cuchilladas, *Riñen.*  
voto á Dios, que ya la poca:-

Sanch. Ya se ha empezado esta danza.

Ant. Paciencia que tengo:-

Sanch. Aprieta.

Ant. Se acabó.

Barb. Ay, que se matan!

Quix. A ellos, cuerpo de Christo,  
que aquí está mi cimitarra.

Card. Mueran, D. Antonio, todos.

Fern. A tu lado está mi espada.

Cura. Caballeros, reprimid  
unos y otros la saña,  
supuesto que todo puede  
sin desazon ni desgracia  
componerse.

Fern. Ant. y Card. De qué forma?

Cura. De aquesta: ya veis la rara

*A los Quadrilleros.*

locura de aqueste hombre;  
y así os pido que en la instancia  
no prosigais de querer  
prenderle.

Quadrilleros. En todo postrada  
nuestra obediencia teneis.

Cura. Yo os doy las debidas gracias.

Fern. Pues yo á vos os pagaré  
lo que la bacía valga.

y la albarda, si quedais  
contento.

*Barb.* De buena gana.

*Sancho.* Dígame usted, seor Maese,  
á cómo estamos de albarda?

*Maes.* Con ella, Sancho, te quedas.

*Sancho.* Sí? pues voy á remendarla. *Vas.*

*Cura.* Vamos adentro nosotros.

*Card. Fern. y Ant.* Vamos, pues. *Vans.*

*Quix.* Si no ajustara  
el Padre Cura las paces,  
ninguno vivo quedaba.

### TERCERA JORNADA.

*Salen D. Quixote y Sancho Panza.*

*Qui.* Qué es lo que me quieres, hombre,  
que me andas con que en secreto  
tienes que hablarme? de qué  
estás triste y macilento?

qué quieres, pues, y qué tienes?

*Sancho.* Qué he de tener, si en un cre-  
volaron las esperanzas (do  
que tenia de que presto  
llegaria á ser Virrey,  
ó de una Insula á lo menos  
Gobernador?

*Quix.* Pues qué hay?

*Sancho.* Qué ha de haber?

*Quix.* Dilo, camueso.

*Sancho.* Mal haya, amen, mi fortuna.

*Quix.* Acaba ya, majadero;  
rabiabas porque te oyera,  
y ahora que te escucho, quedo  
te estás: vomita, animal,  
pues ya te meto los dedos.

*Sancho.* Es el caso.

*Quix.* Dilo, pues.

*Sancho.* Que á mí me suceda esto!

*Quix.* Qué va que á palos te hago  
que desembuches el cuento?

*Sancho.* Qué cuento ni Satanás,

si es un cuento todo ello?

porque el Gigante que has  
de matar, es un enredo;

el tal Reyno es un demonio  
que me lleve; el hechicero

del Rey padre es Bercebú;

y la Reyna es en efecto

la puta que me parió,

y aquesto es todo lo cierto.

*Quix.* Supongo que tú has bebido,

y el vino aquestos enredos

te hace fraguar en la cholla.

*Sancho.* Qué vino, ni qué embeleco?

si no lo quieres creer,

ven, y con tus ojos mismos

verás como la tal Reyna

Micomicona se ha vuelto

en una Dama, que se

llama, si mal no me acuerdo,

Dorotea, y el Gigante

en un señor Caballero,

que fue el que el tuerto le hizo,

y ya le ha deshecho el tuerto.

*Quix.* Mira, hombre, bien podrá

ser que sea todo eso

como dices; mas aunque

ello sea así, no es cierto,

porque ya tenemos visto,

que todo es encantamentos

este diablo de Castillo.

Ya viste como en dos cueros

de vino se volvió el

Gigante que habia muerto;

de una ventana colgado

esta noche me tuvieron;

y la otra vez que estuvimos

aquí, ya viste tú mismo

los

los diabólicos encantos  
que á los dos nos sucedieron.

*Sancho.* Que fuese encanto lo de  
vuestra merced, no me meto;  
mas que fue encanto lo que  
á mí me sucedió, niego;  
pues real y verdadera  
mente fue el manteamiento  
que me dieron; por mas señas,  
que el uno de los que asieron  
la manta, fue ese maldito  
endemoniado Ventero,  
que con mas risa que fuerza  
me hacia andar por el viento:  
y aquello en donde se llega  
á conocer los sugetos,  
mas es muy mala ventura,  
señor, que no encantamento.

*Quix.* Ello, en fin, yo quiero ir  
á ver de esa Reyna y Reyno  
la transformacion que dices;  
y si es así, yo te ofrezco  
hacer una, que los diablos  
dén á sí el tal embeleco. *Vase.*

*Sanc.* Quando querrá Dios sacarme  
de ser andante Escudero! *Vase.*

*Salen por distintas puertas Cardenio  
y Lucinda, sin verse.*

*Card.* Hasta aquí, de tí, fortuna,  
se quejó mi triste suerte,  
pues nunca consiguió verte  
compasiva vez alguna:  
cruel, fiera é importuna  
fue conmigo tu influencia;  
me diste con mi paciencia  
de tus rigores el ceño,  
é hiciste, sañuda, empeño  
de vencer mi resistencia.

*Luc.* Hasta aquí contra mi vida,  
hado iracundo y severo,  
de tus rigores lo fiero  
ostentaste sin medida:  
una y otra cruel herida  
de ausencia, sustos y enojos  
fueron míseros despojos  
de mi amor, y en triste calma  
los sentimientos del alma  
exhalaba por los ojos.

*Card.* Mas al fin, como deidad,  
de mí te has compadecido,  
y tu piedad tanta ha sido,  
como fue tu crueldad:  
mal digo, que tu impiedad  
nunca fue tan superior,  
que haya igualado al favor  
que he recibido de tí,  
pues ya ni aun tú puedes (sí)  
hacer mi dicha mayor.

*Luc.* Mas quando ningun consuelo  
posible á mi mal hacia,  
hallé en tí la dicha mia,  
si en tí hallé mi desconsuelo:  
intentaste con desvelo  
(en pesares rigurosos,  
y en bienes maravillosos)  
al mundo dar á entender,  
que tienes poder de hacer  
desdichados y dichosos.

*Card.* Pues... mas, esposa querida?

*Luc.* Adorado dueño mio?

*Card.* Vida del aliento mio?

*Luc.* Del aliento mio vida?

*Card.* Pues ya la cruel, reñida  
suerte, de sus fieros lazos  
nos soltó.

*Luc.* Pues ya los plazos  
se cumplieron del tormento.

*Los 2.* Hallen mi gozo y mi aliento

segunda vida en tus brazos.

*Abrázanse.*

*Card.* Gracias doy de lo indignada.

*Luc.* Yo gracias doy de lo impio.

*Card.* A mi suerte.

*Luc.* Al hado mio.

*Card.* Pues su cólera irritada.

*Luc.* Pues su saña siempre airada.

*Card.* Hace creer mas superior.

*Luc.* Hace parecer mayor.

*Los 2.* (Al llegar piadosa á ser)

*Card.* La dicha.

*Luc.* El gozo.

*Card.* El placer.

*Los 2.* La felicidad, el favor.

*Salen Dorotea, D. Fernando, D. Juan,  
y Maritornes.*

*Dor.* Ya que es tiempo, me parece,  
esposo, de que el viage  
nuestro disponer tratemos.

*Fern.* Quando tú, esposa, gustares  
sea; y Lucinda y Cardenio,  
puesto que al mismo parage  
su rumbo es, podrán venir  
con nosotros, si gustaren.

*Card.* Mal á tan crecida dicha  
puedo llegar á excusarme.

*Juan.* Yo es fuerza aquí la noticia  
espere de lo que el padre  
de D. Luis resuelve.

*Salen D. Antonio, el Cura, y el Maese.*

*Ant.* Vos

el mejor medio encontrasteis  
que pudiera discurrirse  
para caso semejante.

*Fern.* De qué gusto, Padre Cura,  
da vuestro rostro señales?

*Maes.* Es, señor, para nosotros

el mayor que puede darse.

*Dor.* Pues todos interesados  
en vuestras felicidades  
somos, sepamos qual es  
esta, porque os acompañen  
en ella nuestros afectos.

*Cura.* Es, pues, que nuestros afanes  
de reducir á la Aldea  
nuestro Caballero Andante  
el medio ya han encontrado,  
pues en este propio instante  
un carro, que por la Venta  
pasaba, logré ajustarle,  
á fin de que con nosotros  
hasta nuestra Aldea marche,  
conduciendo en él á Don  
Quixote, con la admirable  
invencion que he fabricado.  
Aquesta es, pues... mas él sale.

*Sale D. Quixote armado con lanza y  
rodela, y la bacía del Barbero en  
la cabeza, y Sancho.*

*Card.* Señor D. Quixote, qué  
causa vestir ese trage  
os hace, quando el Castillo  
todo en mansa quietud yace?

*Dor.* Señor y valedor mio,  
ved, que recelar me hace  
el veros de aquesa forma,  
que algun grande riesgo...

*Quix.* A nadie  
dé susto el verme adornado  
de estos arreos marciales,  
que saben causar pavor  
á vestiglos y gigantes;  
y vos, señora, un ratito  
atentamente escuchadme.  
Yo, alta y ferosa señora,  
he tenido en este instante

no-

noticia (pues mi Escudero de todo llegó á informarme) de como vuestra grandeza ha llegado á aniquilarse tanto, que de gran Princesa, y dueña de Imperios grandes, á una particular Dama reducida estais; no me hace esto admiracion ninguna, pues transformaciones tales como estas, y mucho mas exquisitas y admirables han sucedido, pues cierto es, que hay siempre Nigromantes, que unos persiguen furiosos, y otros amparan afables las empresas y personas de Caballeros Andantes; y así extraño no será, que alguno de los fatales Mágicos que me persiguen hoy vuestra persona grande mude, y deshaga su ser, porque mi valor triunfante no llegue á lograr el lauro de esta aventura admirable. Mas si esto ha sido por orden del tal Nigromante padre vuestro, por juzgar no es mi invicto valor bastante para lograr esta empresa, hendiendo las formidables, y desaforadas fuerzas del descomunal Gigante, que vuestro Reyno os usurpa; digo, que poco de achaques supo de Caballerías; y que por mas que estudiase, ni de la Misa á la media, ni quantas son cinco sabe,

porque si hubiera leído tan atento y vigilante como yo los tales libros y proezas singulares de Cabaleros, supiera, como otros, de mil quilates menos de valor y fama de la que en mí llega á hallarse, hicieron cosas mayores. Y así, si este extravagante metamórfose os ha hecho, por lo que he dicho, que darle no teneis crédito alguno. y haced deshacerle trate; porque sino, juro á Cristo, (y juro al cielo radiante de la sin par Dulcinea, alma de este pecho amante) que á vuestro padre, y al Reyno, y al Castillo, y al Gigante, (y al demonio que los lleve) los arroje mi corage mas allá de mas acá; porque en llegando estos lances al padre que me parió le daría con un diantre.

*Don.* Vuestro Escudero, señor, llegó muy mucho á engañarse en lo que os dixo; porque aunque una mudanza grande ha habido en mí, que mil dichas ha llegado á franquearme, y tan grandes, que aun mi gozo á explicarlas no es bastante, con ser mi gozo tan sumo; soy la misma que fui ántes, y en la determinacion aun persevero constante, de que me ampare el valor de ese brazo incontrastable,

que es azote de malsines,  
y asombro de las edades.  
Por tanto, vuestra bondad  
vuelva la honra á mi padre,  
llegando á tenerle por  
el mas sabio Nigromante  
de todos, pues su gran ciencia  
hallar y profetizarme  
supo, que vuestro valor  
podia solo restaurarme  
mi perdido Reyno, hallando  
camino tan fixo y fácil  
de hacerme dichosa, y  
borrar mis adversidades:  
y es tan cierto, que á no ser  
por vos, creo que á mirarme  
no llegara en las delicias  
y venturas apreciables  
que me veo, como pueden  
decir los que están delante;  
y ahora, señor, lo que resta  
es, el que nuestro viage  
mañana continuemos,  
pues hoy ya veis que no es fácil,  
que lo demas del suceso  
(que yo espero favorable)  
lo dexo de vuestro brazo  
al valor inimitable.

*Quix.* Ven acá, truan, belitre,  
tacaño, embustero, infame,  
insolente, vagamundo,  
enredador, badulaque,  
chismoso, hablador, bellaco,  
ruin, infacundo y vergante,  
no me dixistes ahora,  
que era un enredo el Gigante,  
que el Reyno era un gran demonio,  
y la puta de tu madre  
la Reyna? con otros mil  
insolentes disparates,

que me dieron la mayor  
confusion, que hasta ahora nadi e  
llegó á tener en el mundo?  
Vive Dios, que estoy por darte  
tal untura, que te dexe  
mas reluciente que un jaspe.

*Sanch.* Yo la doy por recibida:  
mas en aqueste parage  
oí y ví lo que á usté dixes;  
y no me hagan que hable,  
porque diré, juro á Dios,  
(si llegan un poco á hurgarme)  
otras cosillas que he visto.

*Quix.* Qué has de haber visto tú, enjam-  
de malicias y de enredos? (bre  
de mentiras almanaque,  
filo de bellaquerías,  
tesorero de maldades,  
publicador de sandeces,  
quítateme de delante,  
ó yo me habré de quitar,  
por no llegar á matarte,  
pues ya tus qué sé yo qué  
me tienen hecho un vinagre. *Vase.*

*Sanch.* Ello como la tal Reyna  
tan Reyna esté como ántes  
estaba, yo desde luego  
estos baldones y ultrages  
doy por muy bien empleados,  
pues por llegar á mirarse  
un hombre Gobernador,  
mucho mas puede pasarse. *Vase.*

*Card.* Rara locura de hombre!

*Marit.* Que no pueda yo al vergante  
del Escudero, lograr *ap.*  
algun chasquillo pegarle!

*Cura.* Pues volviendo á proseguir  
lo mismo que empecé ántes  
á contar, digo, que el medio  
que encuentro para llevarle

á nuestra Aldea (y el que me parece que es mas fácil, y mas quando el fingimiento empezado ya no es dable continuar, pues habiendo juntado la estrella afable á D. Fernando, y á mi sa Dorotea, de semblante mudaron todas las cosas) es, el que (pues carruage tenemos, gracias al Cielo, ya en donde poder llevarle) luego que lleguen al sueño sus sentidos á postrarse, en una jaula que tiene el Ventero (y yo comprarle determino, le metamos, y disfrazados en trages diversos, le acompañemos todos, hasta colocarle en el carro; pues no hay duda (que como de esos dislates de los malévolos libros de Caballerías, trae el juicio tan poseido) ha de llegar á juzgarse encantado, por lo qual (tengo por muy indudable) no ha de intentar cosa alguna practicar para escaparse.

*Juan.* El medio creo que sea el mejor que pueda hallarse.

*Fern.* Yo, que es el mas acertado juzgo.

*Card.* Del propio dictámen soy.

*Ant.* Pues manos á la obra, y quanto sea tocante al caso tener dispuesto, para al punto que llegare

á dormirse, sin perder tiempo, executar el lance.

*Maes.* Vamos, que la hora no veo de salir de estas andantes aventuras, tras de un loco, que serlo á todos nos hace.

*Luc.* Conque, amiga, lo de ser Reyna, ya llegó á acabarse?

*Dor.* Todo lo que es apariencia es fuerza en breve se acabe.

*Marit.* Yo tambien en este encanto quiero ir á tener parte, porque hechizo, y sin mugeres, no puede hacerse ni darse, pues ninguno hallará hechizo, como en ellas no se halle.

*Vanse, y sale Doña Clara.*

*Clar.* Qué largo parece el tiempo, qué dilatados los dias á aquel que algo espera, y mas quando espera alguna dicha! Hoy el Criado partió de D. Luis, á dar noticia á su padre de la grande felice fortuna mia; y con no haber aun llegado (ay de mí!) á cumplirse el dia, ya me parece que tarda: mas hácia aquí se encamina el que es vida de mi muerte, siendo muerte de mi vida.

*Sale D. Luis.* Adorado dueño mio? bien que tu rara divina hermosura habia dado nuevo ser y vida al dia, mostraron festivamente con demostraciones finas, el sol, el ayre y el prado, los arroyos y avecillas, con flores, trinos y luces,

con

con susurros y con risa.

*Clar.* A no haber visto en tu amor  
de ser cierto señas fixas,  
el verte tan lisonjero  
hacerme temer haria,  
que doraba lo eloquente  
lo falso de las caricias.

*Luis.* No dudo, que comunmente  
es opinion recibida,  
que sentir muy bien no sabe  
aquel que muy bien se explica;  
mas los que esta regla siguen,  
mucho de lo cierto distan,  
pues quando expresiones muchas  
al labio el corazon dicta,  
(sean de quejas ó de halagos)  
que hay mucho en él acredita  
de aquel afecto que expresa;  
y al contrario, el que con tibias  
razones á entender da,  
ya enojos, ó ya caricias,  
ó muy poco siente, ó nada;  
pues quando hay causa que irrita  
el afecto, es fuerza sean  
muchas, y muy repetidas  
las voces, que es el alivio  
que halla el mal en su fatiga:  
estas el dolor las forma,  
aunque el labio las explica;  
y por esta causa son  
muchas, y muy expresivas.  
Nunca puede expresar tanto  
(por mas que muy bien lo finja)  
el que sin lesion se halla,  
como el que tiene la herida:  
aquel tiene que estudiar  
lo que fingir determina,  
y así habla poco, porque  
mucho tiempo necesita.  
A este, como su dolor

está buscando salida  
por donde expeler sus penas,  
(por ver si así las alivia)  
siempre le queda que hablar  
por infinito que diga.

*Clar.* Yo contra aqueese argumento  
digo... mas no determina  
decir ya nada mi voz,  
pues si no miente la vista,  
D. Quixote hácia esta parte  
viene: á Dios, pues. *Vase.*

*Luis.* El tu vida  
edades eternas guarde.

*Al irse á entrar, sale D. Quixote.*

*Quix.* Pues señor D. Luis, con prisa  
tanta, dónde vais?

*Luis.* A ver  
si consigo las fatigas  
del esperar, divertir  
de ese prado en las delicias:  
quedad con Dios. *Vase.*

*Quix.* El mozuelo  
rebienta de hipocondría  
amorosa: mas qué mucho,  
si á mí mi dulce enemiga  
Dulcinea me hace que  
tenga la enfermedad misma?  
mas descansemos un rato,  
que mi persona rendida  
está, y mañana, si Dios  
nos lo permite, es el día  
de marchar en busca de  
esa bestiaza maligna  
del descomunal Gigante.  
Hágote mi colchon, silla.

*Echase á dormir en una silla, y salen  
Cardenio, Fernando, Antonio y el Cu-*

*ra*

ra con medias caretas en el rostro, y detras Sancho, como acechando, Dorotea, y las demas al paño, y D. Juan saldrá sin careta.

*Dor.* Desde aquí ocultas podemos (sin llegar á ser sentidas) verlo todo.

*Sanch.* Quién serán estas visiones malditas, que sin saber el por donde vinieron, esta visita nos hacen?

*Cura.* Ahora, porque no consiga destruida dexar toda nuestra traza, si es que acaso determina resistirse en despertando, atarle es cosa precisa las manos. *Atanle las manos.*

*Card.* Pues así sea.

*Sanch.* Qué es aquesto? prisioncica? eso, no, juro á Cristo, mientras yo tenga boquita con que dar voces. Señor, señor D. Quixote, aprisa dispierte, porque prenderle intentan.

*Dispierta D. Quix.* Qué vocería es esta? pero qué veo? Yo atado, Virgen bendita, y cercado de fantasmas? sin duda que la enemiga esquadra de encantadores, que persiguen con perfidia mis valerosas fazañas, encantarme determinan, porque mi inaudito esfuerzo no llegue á lograr dar sima á la espantable aventura

del Gigante (ó suerte impia!) ello no hay sino es tener paciencia, que valentías con demonios, es lo propio que á una tarasca echar guindas.

*Sanch.* Ira de Dios, y lo que *Mirando adentro,*

hácia esta parte camina!

*Quix.* Toma, si llueven demonios. El encanto es niñería.

*Salen de máscara en el traje que mejor parezca quatro hombres, y quatro mugeres cantando y baylando, con bachas en las manos.*

*Músic.* El gran Paladin que hoy resucita la Orden insigne de Caballería, á la Mancha dando gloria esclarecida, venza, rinda, postre, triunfe, reyne y viva.

*Quix.* Qué es esto? elogios me cantan, quando ellos me martirizan, atándome, y estorvando triunfos á la espada mia?

*Canta Mug. 1.* Ocupe tu persona esta encantada jaula, que al Micomicon Reyno de llevarte se encarga.

*Métenle en una jaula.*

*Canta 2.* Pierde quantos recelos finja tu fantasía, mientras dicen alegres nuestras voces unidas.

*Todas.* Que á la Mancha dando gloria esclarecida, venzas, rindas, postres,

triun-

triunfes , reynes , vivas.

*Quix.* Qué es aquesto? yo enjaulado?  
mas si á costa de esta cuita  
he de lograr acabar  
la aventura peregrina  
del Gigante , soy contento:

*Sanch.* Ay , amo del alma mia,  
que preso vas , y te dan  
con el Gigante papilla!

*Sale el Maese Nicolás vestido ridicu-  
lamente con barba larga.*

*Maes.* Paladin Manchego invicto,  
flor de la Caballeria  
Andante , cuyo valor  
hoy su Orden resucita:  
Ni susto ni pesadumbre  
te dé el mirar que tu invicta  
persona en aqueja jaula  
vaya , como va , metida;  
pues yo , que el gran Lirgandeo  
soy , Encantador , que cuida  
de tu persona y empresas,  
con mi gran ciencia inaudita,  
así lo ordeno : porque  
la sabia Mentironina  
(que del furioso Gigante  
los negocios apadrina)  
de aquí á dos dias cabales  
encantarte pretendia,  
porque ir no pudieses á  
destruir á quien patrocina,  
y encantándote yo ántes,  
le quito el que lo consiga;  
y en menos tiempo que adonde  
el Gigante está podrias  
tú llegar , conseguirán  
ponerte las ciencias mias  
dentro de esa propia jaula;  
quanto á mi amor debes , mira.  
Y tú , Escudero el mas noble

que tuvo espada en la cinta,  
barbas en rostro , y olfato  
en las narices , camina  
siguiendo fiel á tu amo;  
que yo la Insula misma  
que él te ofreció , te prometo,  
por premio de tus fatigas.

*Quix.* Yo , sapiente Lirgandeo,  
te doy las gracias debidas  
por el favor que me haces,  
que encantado ya creia  
que iba por mis enemigos.

*Sanch.* Yo tambien gracias cumplidas  
le doy á usted , señor Don  
Grangereo , por la Insula,  
que por Dios , y en mi conciencia  
que la creí ya perdida.

*Maes.* De lo que os ofrezco en nada  
habrá la falta mas chica.

*Cura.* Logróse ya nuestro intento. *ap.*  
*Sale el Criado de D. Luis.*

*Cr.* Señor D. Juan , dadme albricias.

*Juan.* Yo las mando : mas de qué?

*Dale una carta.*

*Criad.* Aquesta carta lo diga  
de mi amo , que tres leguas  
de aquí le hallé , que venia  
siguiendo al señor D. Luis.

*Lee D. Juan para sí. Salen D. Luis,  
y las Mugerres.*

*Luis.* Yo á saber esta noticia  
( como el mas interesado )  
llego.

*Mugerres.* A nosotras la misma  
curiosidad nos arrastra.

*Juan.* Pues oid todos mis dichas:  
Aquí dice entra gustoso  
en la union que determina  
hacer su hijo con mi Clara,  
y que hoy por todo el dia

á esta Venta llegará.  
Esto en la carta me avisa;  
y pues apenas mañana  
Luis y Clara en compañía  
de su padre quedarán,  
quando la jornada mia  
volveré á continuar,  
á todos mi amor suplica  
me acompañeis á este gusto.

*Cura.* Yo sumo celebraria  
hallarme en él, mas ya veis  
no me es posible.

*Juan.* No os insta  
mas mi afecto, pues es justa  
la disculpa.

*Maes.* A mí la misma  
me valga tambien, señor.

*Card.* Pues yo y mi esposa Lucinda.

*Fern.* Yo tambien con Dorotea.

*Los 2.* En esta justa alegría  
á acompañaros quedamos.

*Juan.* Pues en tanto, Clara, hija,  
á D. Luis le da la mano.

*Clar.* Sí doy, con alma y con vida.

*Luis.* Feliz mi amor, que logró  
el triunfo que pretendia.

*Ant.* De mí, D. Luis, recibid  
la enhorabuena.

*Zor.* Y tú, prima,  
de mí la admite.

*Luis.* Mi afecto  
la aprecia.

*Clar.* Mi amor la estima.

*Vent.* Conque hay mañana en mi Venta  
boda?

*Marit.* Así fuera la mia.

*Maes.* Pues ahora digan acordes  
dulces cláusulas festivas,  
de mi ahijado celebrando  
la persona y valentía..

*Todos.* Todos diremos tambien  
al compás de su armonía..

*Quix.* Ea, Sancho, sígueme.

*Sanch.* Señores, hasta la vista.

*Acabado el quatro siguiente, que acom-  
pañará la representacion de los demás,  
se entrarán en dos filas, y detras D.  
Quixote, cuya jaula llevarán en bom-  
bros los quatro Máscaras, y se da  
fin á la Comedia.*

*Tod. y Mús.* El gran Paladín,  
que hoy resucita  
la Orden insigne  
de Caballería,  
á la Mancha dando  
gloria esclarecida,  
venza, rinda, postre,  
triunfe, reyne y viva.

F I N.

*Con licencia:* En Valencia y Oficina del Diario.

---

Se hallará esta, con un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, piezas en un acto, unipersonales, Saynetes, Autos Sacramentales, y al Nacimiento del Hijo de Dios, en Valencia, calle del Mar, frente la de la Cruz Nueva, casa baxa, núm. 5. Y en Madrid en el puesto de Joseph Sanchez, calle del Príncipe, frente al Coliseo.

